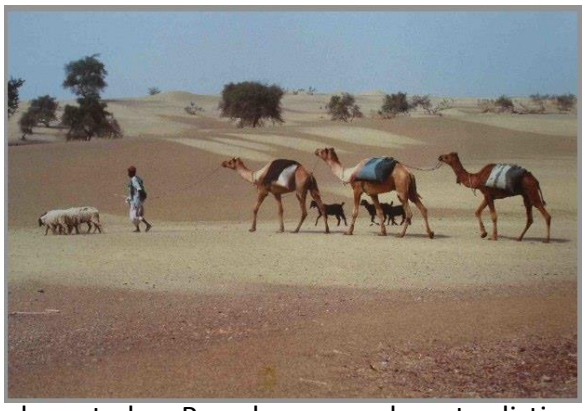
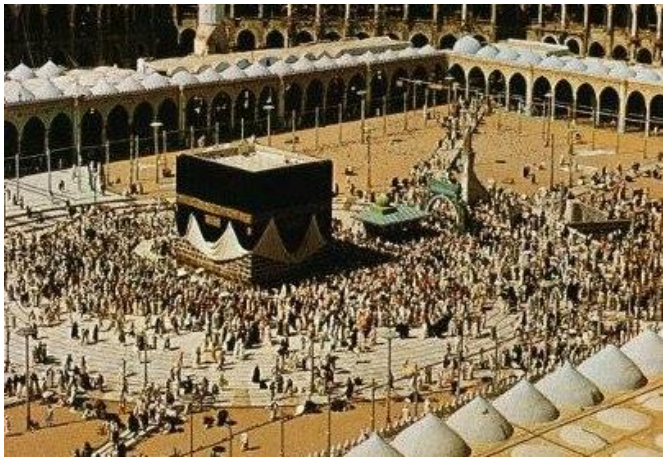
MAHOMA. Una sola tribu

-Teresa Guardans[1]-



Hace muchos años, en las lejanas tierras de Arabia, un muchacho, apacentaba las ovejas de su tío Abu Tálib. Se llamaba Mahoma. Había nacido hacia el año 570 en la Meca, una ciudad situada en la cordillera que bordea el Mar Rojo, paso obligado de caravanas. La Meca era el punto de encuentro y de intercambio más importante de la región, sus calles polvorientas siempre estaban abarrotadas. Pero lo que realmente distinguía a la Meca, lo que la convertía en algo especial era la *Kaaba*, el templo que se encontraba en la plaza principal de la ciudad, lugar sagrado para viajeros y mecanos.



Kaaba significa 'cubo' y ésta era (y es) la forma de aquel templo: una construcción cuadrada de quince metros de altura, reconstruida en varias ocasiones. La tradición transmitida de padres a hijos, hace remontar su origen hasta el patriarca Abraham que lo habría levantado en colaboración con su hijo Ismael. Con el tiempo las tribus se multiplicaron, y también sus dioses, y la Kaaba los fue acogiendo a todos. El templo daba cobijo hasta a 360 dioses, y todas las tribus lo sentían como propio. Destino de peregrinación para todas ellas, la Meca se había constituido en un importante centro comercial y religioso. La Kaaba convertía a la ciudad en un recinto de paz en medio de un territorio, Arabia, poblado de tribus en continuo enfrentamiento.

---

[1] [1] texto publicado en: Teresa Guardans. *Las religiones, cinco llaves.* Barcelona, Octaedro, 2007.

¿Tribus? Sí. En aquel tiempo, para los habitantes de Arabia lo importante no era si habías nacido en un lugar o en otro, si eras de este país o de aquel, sino en qué familia habías nacido. Cuando alguien vive trasladándose de un sitio a otro constantemente, el lazo importante no es el que se establece con un territorio sino el que se establece con quien se comparte la lucha por la vida. Así sucede con todos aquellos pueblos nómadas que para subsistir necesitan viajar, ya sea a la búsqueda de pastos para sus rebaños, ya sea para poder cazar. Las fronteras que cuentan no son las que separan territorios, sino las que identifican a los grandes grupos familiares y marcan los límites entre "los de dentro y los de fuera" de la tribu. Son fronteras de sangre, de linaje. Todos los parientes de una familia, abuelos, hermanos, padres, primos y parientes lejanos, todos constituyen una gran familia: es la "tribu". Como cada tribu agrupa mucha, mucha gente, las familias de parentesco más próximo forman clanes. Así, en cada tribu encontramos varios clanes y dentro de cada clan unas cuantas familias.

Todas las tribus iban hasta la Meca para comerciar y rezar, pero la tribu más importante entre los habitantes de la ciudad era la de los Quraysíes y, muy especialmente, el clan de los Omeyas. La familia de Mahoma pertenecía a otro de los clanes de la tribu Quraisy, el de los Hachimíes, el clan que vigilaba y cuidaba el Zem Zem, la fuente sagrada de la ciudad.

El padre de Mahoma falleció en una lucha unas semanas antes de que él naciera. Cuando sólo tenía seis años, murió también su madre. Mahoma vivó primero con su abuelo, y más adelante en casa de su tío Abu Tálib en las montañas, lejos de la ciudad. El muchacho ayudaba al tío con los rebaños. Pasaba sus días bajo el cielo abierto vigilando y conduciendo a los animales. Aprendió a reconocer e interpretar la dirección de cada viento, a leer las nubes y los movimientos de las estrellas y también los nombres de todos los pájaros del cielo; sabía dónde crecía cada tipo de planta. Conocía cada rincón donde se podía encontrar agua, por pequeño que fuera el oasis, por escondida que estuviera una corriente de agua subterránea.

Pasaron los años y aquel joven pastor creció y gracias a todo lo que había aprendido se convirtió en uno de los mejores guías de caravanas de la región. Cuando alguien tenía que atravesar los desiertos con los camellos cargados, buscaba a Mahoma para que dirigiera la expedición. Se había ganado el sobrenombre de *Amin*, que quiere decir 'fiel', 'aquel en el que se puede confiar'. Entre las caravanas que

guiaba estaban las de Jadiya, una viuda que, desde que murió su marido, llevaba ella sola el comercio y la administración de las propiedades. Jadiya encontró una gran ayuda en el criterio y el buen hacer de aquel joven y le hizo socio de sus negocios. Más adelante se casó con él y del matrimonio nacieron tres niños que murieron pequeños, y cuatro niñas. Mahoma y Jadiya vivieron veintidós años muy unidos, con sus hijas, hasta la muerte de Jadiya.

El trabajo no era impedimento para que Mahoma pasara largos ratos de soledad en las montañas, como cuando era un joven pastor y tenía todo el tiempo del mundo para pensar. Era entonces cuando había aprendido a escuchar y oír aun cuando parece que no se oye nada; a hacerlo desde dentro, desde aquella intimidad en la que se aprenden verdades con palabras y sin palabras. Especialmente de noche, bajo el manto estrellado envolviendo la Tierra; en el seno del silencio nocturno, su corazón parecía a veces lleno a rebosar, pleno de una verdad indecible. Y le embargaba la certeza de que no debía temer nada, que el gran misterio del mundo cuidaría de él. Bajo aquella inmensidad estrellada, sintiendo cerca el calor del rebaño y las voces de los vientos de la noche, la *Kaaba* y todos sus dioses le parecían algo muy pequeño.

Había otro Dios, mucho más grande. Estaba seguro de ello. No tenía nombre, pero Mahoma notaba su presencia, cerca y lejos a un tiempo. Tampoco tenía forma, pero lo sentía en todas las formas. A veces, cuando vigilaba el rebaño, era como si alguien más estuviera vigilando a los rebaños y a él mismo, cuidando de todo. "Es Él –pensaba Mahoma-, el gran misterio del mundo. Es Él, aquél de quien hablaron todos los profetas. Abraham y Moisés, Isaías y Jesús, ya dieron testimonio de Él. Era de Él de quien hablaban, de Él, el Único Dios". Y Mahoma no dejaba de buscar momentos para escuchar en el silencio, para ahondar en todo aquello que iba descubriendo.

Cuando se hizo mayor ni olvidó todo esto ni abandonó su costumbre de atender en el silencio. Al contrario. Cuantas más veía y sentía por fuera, más necesidad tenía de ello. Cada año se organizaba las tareas de tal manera que pudiera dedicar cuatro semanas, todo un mes, sólo a esto, a la escucha en soledad, sin tener que ocuparse de caravanas ni de nada. Pasaba esas semanas retirado en una cueva que hay en el monte Hira, no muy lejos de la Meca. Con el tiempo, más convencido estaba de que había que hacer algo para recordar a los suyos las palabras de los antiguos profetas. Una noche del noveno mes del año, el mes de Ramadán, en su retiro en la cueva del monte Hira, sintió claramente en su interior esta certeza, palabra a palabra:

Mahoma, tú serás la voz de Él, tú serás su profeta.

A pesar de sus cuarenta años, se asustó. No había para menos. Cuenta la tradición que tuvo una visión en la que Gabriel, el mensajero, le mostraba un trozo de seda con palabras bordadas para que las leyera. "Yo no sé leer" –se dijo-. Muy poca gente sabía leer en aquellos tiempos, pero eso no fue impedimento para que comprendiera las palabras que le mostraba el mensajero.

Habla en su nombre, habla de Aquel que es infinitamente generoso. Él enseña. ¡Tú recita![2]

Mahoma sabía que aquello significaba que no debía temer nada, que las palabras ya vendrían. Muy agitado, regresó a casa. A Jadiya, con quien compartía todos sus secretos, le explicó lo que le había ocurrido y se fueron los dos a visitar a un primo de reconocida sabiduría, un hombre ya muy mayor y ciego, que interpretó la visión y le dijo que debía de tratarse de Gabriel, el mensajero de Dios. Estos hechos tuvieron lugar en el año 611.

Pasaron unos meses. Mahoma se mantenía meditativo y alerta. "El cielo y la Tierra viven en armonía –pensaba-. Las estaciones se alternan en paz. Hay igualdad entre los animales. El misterio del mundo es justo y pacífico. Él es justo, y está con nosotros. Es la ignorancia de los hombres la que provoca las injusticias. Si los seres humanos llegaran a comprender, vivirían en armonía, como viven en armonía la infinidad de estrellas del cielo. Si cada uno viviera menos ocupado por su propio provecho, las cosas irían mejor. ¿Pero qué puedo hacer yo?"

Una noche, finalmente, sus preguntas comenzaron a encontrar respuestas. Era como si las respuestas le llegaran de todas partes, tan claras que disipaban cualquier duda. Miraba el mundo... y comprendía. Sabía, sin embargo, que no podía reservarse todo aquello para sí mismo. Él tenía que ser la voz, una voz que se oyera. Las palabras necesitan una voz para poder llegar a los demás. Debía hablar, lo sabía. Debía ser "la voz", esa era su misión. Y fue así como la gente comenzó a oír todo aquello que se le había revelado, que se le había mostrado tan claramente a él, a sus ojos, a su mente:

> *Entre el cielo y la Tierra, hay grandes signos para aquellos que deseen pensar.*
> *Para comprender, mirad y reflexionad. Grandes signos se extienden por todo el mundo, ¡eso sí son textos sagrados!*
> *¿No es maravillosa la Tierra y el cielo, los cambios sucesivos de noche y de día, cómo corre el agua, cómo avanzan las naves sobre el mar y los astros en el firmamento?*
> *¿No son una maravilla los vientos que nos traen lluvias, mueven las nubes y permiten la navegación de los barcos?*
> *Mirad sus signos y veréis como es el Único, el Clemente, el Misericordioso. No os confundáis adorando imágenes o piedras.*
> *Atended a los signos que se extienden por todo el mundo y comprenderéis hacia dónde debéis dirigir vuestro pensamiento y vuestro corazón.*
> *Entre los hombres y las mujeres estableció bondad y amor. ¡Eso sí es un signo para la gente que reflexiona!*.[3]

Mahoma habló de Él a los que le querían escuchar. Todo aquello que se le había revelado, todo aquello que los signos del cielo y de la Tierra le habían transmitido, lo que su corazón había oído, él lo transmitía con palabras que todo el mundo pudiera entender. ¿Qué era lo que enseñaba? Que todas las personas son iguales, creadas libres por el Único; todas capaces de escuchar en su propio interior. Entre Dios y los seres humanos no son necesarios los intermediarios, lo único que se

---

[2] Palabras de la revelación inicial, recogidas en la sura 96 del Corán.
[3] Texto basado en los versículos de la *sura* 2 y 30, 21.

necesita es aguzar el oído, el entendimiento, el corazón. Habló del respeto que debe reinar entre hombres y mujeres, entre todas las personas. Insistió en que todos debían cuidar de todos y, muy especialmente, debían proteger a los más débiles. Mahoma amaba a Aquél que Es, al Compasivo, al Misericordioso; le amaba más que a ninguna otra cosa, más que a su vida y sabía que estaba en todas partes. Nada había fuera de Él:

Adondequiera que os volváis allí está la faz de Dios, de Él son el Oriente y el Occidente.[4]

El Compasivo se ha instalado en el Trono, suyo es lo que está en los cielos y en la tierra, entre ellos y bajo tierra. No es preciso que te expreses en voz alta, pues Él conoce lo secreto y lo más recóndito.[5]

"Es el Compasivo, el Misericordioso", insistía Mahoma; como un amor sin forma y con todas las formas. No es invisible –enseñaba el profeta- ya que toda la realidad es su Rostro, todo habla de Él, todo nos revela sus mensajes. Y todo lo conoce. Observad tanta perfección y sabréis cómo es Él. Solo Él es, el Único, la única realidad que existe para el que comprende. Todo es Él y todo es de Él". Así les hablaba. Los seres humanos no podían continuar ciegos y sordos, generando tanto dolor. Mahoma sabía lo que les tenía que decir.

¿Habían olvidado ya las enseñanzas de los antiguos profetas? ¡La gente había de ser capaz de vivir como una única gran familia! ¿No habían sido todos creados por el mismo Dios? ¿Cómo no ocuparse los unos de los otros? ¿Cómo no atender a las necesidades de los demás? Eran una única gran familia, una sola tribu: todos unidos, los hijos de Dios, el Único.

Hasta entonces lo propio era que cada tribu defendiera a los suyos, que se ocupara de sus viudas y de sus huérfanos, pero no dudaban en pelearse tribu contra tribu, matarse unos a otros para quedarse con más territorios para los rebaños o para imponer su autoridad. Nada les unía. Mahoma les estaba enseñando que no era importante a qué tribu pertenecían, que todos formaban una sola gran familia, la *Ummah*: la unión de todos aquellos que confiaran en la palabra de Mahoma. Es decir, la unión de los que aceptaban a Aquél que les unía a todos: todos eran de Él, todos formaban parte de una sola gran tribu, y la ayuda y la protección mutua se extendía sin límites porque todo era de Él.

La *Ummah* era la unión de todos aquellos que desearan vivir con el corazón abierto, buscando el camino de sabiduría; la unión de todos los que quisieran amar al Único, vivir recordándolo, ayudándose y amándose entre ellos. En la *Ummah* tendría cabida todo el mundo, no sólo una tribu o un pueblo o los de un país. En la *Ummah*, esa comunión de hombres y mujeres libres, había cabida para todos.

Es fácil imaginar que el mensaje de Mahoma no podía caer bien a todos. Gustó muy poco a los encargados del mantenimiento de la Kaaba, a los devotos de todos sus

[4] Corán 2, 115.
[5] Corán 20, 5-7.

dioses y a los que se beneficiaban con tanta peregrinación; tampoco gustó a los que tenían esclavos que trabajaban para ellos, ni a los que trataban a las mujeres como esclavas o como objetos con menos derechos que los animales. Ni, por supuesto, a los jefes de las tribus ¿Quién podía atreverse a poner en duda la importancia de los lazos tribales?

¿Y quienes eran los que le seguían y le escuchaban? Todos aquellos que de pronto descubrían su condición, aquellos a los que protegía y daba fuerzas: las mujeres, los esclavos y muchos que comprendían la verdad contenida en sus palabras. Jadiya fue la primera y pronto le siguió su primo Alí y también un importante señor de la Meca amigo de Mahoma, Abu Bakr; y Bilal, el esclavo negro de Umay-ya, que fue torturado por su amo casi hasta la muerte sin lograr arrancarle del corazón todas aquellas ideas subversivas. Cuanto más crecía la *Ummah*, más dura era la persecución y más peligroso permanecer en la Meca.

A partir del año 620 se complicó aun más la situación: murieron Jadiya[6] y el padre adoptivo de Mahoma, el tío Abu Tálib; una y otro eran personas muy respetadas e influyentes en la ciudad. Sin su ayuda, ya nadie podría poner freno a la violencia de los ataques. Mahoma decidió entonces partir con los suyos hacia el Norte, a Yatrib, ciudad que más tarde tomaría el nombre de Medina al Nabi (que significa "la ciudad del Profeta", o en su forma resumida: Medina, “la ciudad”). Allí fueron bien recibidos, el mensaje se fue asentado y pronto la vida los seguidores se organizó siguiendo los consejos de Mahoma. Por eso, el año de la emigración (o *hégira,* en árabe) hacia Medina, en el año 622, se considera el primer año: el año en que se inicia la vida de la comunidad de los musulmanes (de *muslim*, que significa ‘los que hacen la voluntad de Él’). A partir de entonces la *Ummah* con sus nuevas costumbres, no dejó de crecer y crecer, aceptada de buen grado por unos o a la fuerza por otros, como ocurrió en la Meca, donde los jefes de las tribus que se habían opuesto a Mahoma no tuvieron más remedio que rendirse y aceptar la nueva situación. Y aquel templo cuadrado, la *Kaaba,* donde los peregrinos habían adorado hasta entonces a tantos dioses, el templo que guardaba los dioses de cada tribu, se convirtió en lugar de peregrinación para recordar al único Dios, Él, el Dios de todos. Esto sucedía en el año 630.

Dos años más tarde, en el año 10 de la *hégira*, Mahoma dirigiría la peregrinación que luego recibió el nombre de “peregrinación del adiós”, ya que moría pocas semanas después. Su muerte no detuvo la expansión de la *Ummah*, la comunidad de los musulmanes, que llegó a convertirse en un verdadero imperio; una comunidad formada hoy por más de mil millones de personas repartidas por los cinco continentes.

[6] Después de la muerte de Jadiya, Mahoma contrajo nuevas nupcias, siguiendo la costumbre de fortalecer lazos tribales por medio de matrimonios y ofrecer protección a las mujeres del entorno familiar.

PARA SABER ALGO MÁS SOBRE EL ISLAM

El símbolo del islam: la luna i la estrella, luz y guía en la noche.

¿Qué significa la palabra árabe **islam**? No se refiere ni al lugar de origen ni al fundador de esta religión. Apunta hacia su actitud central y más característica. **Islam** quiere decir 'sumisión', 'entrega'; y musulmán es "aquél que se somete, el que se entrega a...": sumisión a Él, el Único, el Misericordioso, como aspiración del ser humano. En el sentido de elegir la vía de la verdad, la del bien universal, y no la de los intereses personales; en el sentido de inclinar el corazón, de dirigir los pasos en su dirección. Musulmán es el que orienta su vida bajo la guía de la voluntad de Dios, *Allāh.*

LOS NOMBRES DIOS

Allāh es la palabra "Dios" en árabe. No es un Dios llamado *Allāh*, sino simplemente "Dios". En el Corán aparecen noventa y nueve maneras diferentes de referirse a Dios:

Dios (*Allāh*), Él (*Huwa*), El Clemente (*Al-Rahmân*), El muy Misericordioso (*Al-Rahîm*), El infinitamente Santo, El Compasivo, La Salvación, El Fiel, Aquel en quien confiamos, El Vigilante, El Testimonio, El Preservador, El que fortifica, El Creador, El que perdona, El que da sin límite, El Generoso, El que obra, El Victorioso, El que otorga la victoria, El que escucha, El que ve, El que mira, El Ilimitado, El Justo, Señor del día del Juicio, El que equilibra, El Inconmensurable, El Magnífico, El Sublime, El digno de majestad, El Conservador, El que vigila, El Protector, El Presente, El que otorga la vida, El infinitamente Sabio, El Clarividente, El Indulgente, El Inmutable, El Primero, El Último, La Luz, El que guía, El Maestro más cercano, El Bueno, El Benefactor...

Así hasta noventa y nueve. Son las noventa y nueve maneras de referirse a Dios y cada una de ellas subraya uno de sus atributos, una característica. Noventa y nueve nombres con los que el islam mira hacia aquello que escapa a la imaginación, que no se corresponde a ningún concepto ni a ninguna forma, y lo hace fijándose en algunos de sus rasgos...

(ilustración: los 99 Nombres bellamente caligrafiados)

No todos los musulmanes son árabes o hablan árabe. El islam se vive en culturas, lenguas, países y tradiciones muy diferentes, pero Mahoma y sus primeros seguidores sí lo eran. Por ese motivo, las palabras nucleares del vocabulario musulmán son palabras árabes y el Corán se compiló en árabe.

EL CORÁN

El Corán comienza con estas palabras:

En nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso,
Alabado sea Dios, Señor de todo y de todos,
Señor del universo, visible e invisible,
El Compasivo, El Misericordioso,
Dueño del día del juicio.

Sólo a Ti adoramos, sólo en Ti confiamos,
sólo a Ti servimos, sólo a Ti imploramos ayuda.
Guíanos por el camino recto
El camino de los que Tú has agraciado,
No el camino de los extraviados.

Palabras de plegaria, conocidas como *Al-Fatiha*, "la apertura", la puerta de entrada al Corán. Constituyen la plegaria más importante del mundo musulmán, la más repetida, la que preside cualquier celebración comunitaria, la que se recita en los momentos de oración personal.

Los que escuchaban las palabras de Mahoma intentaban no olvidarlas y las escribían por aquí y por allá, sobre cualquier material que tuvieran a mano: piel, piedra, arcilla, sobre lo que fuera... Unos años después de su muerte (unos veinte, más o menos) vieron que se hacía necesario ordenar todo lo que recordaban y tenían recogido. Bajo el mandato del califa Otman, todas aquellas palabras quedaron reunidas en 114 capítulos (o *suras*), en un solo libro, **el Corán (***Al Qur'ān*), que quiere decir 'recitación'.

"¡Recita!, recita en voz alta, proclama aquellas verdades que te llegan en silencio", comprendió Mahoma en su retiro.

"Recita la palabra que viene de Dios" (leemos en la sura 96, 1). Por ello, las palabras recogidas son la *Recitación,* el Corán.

¡Recita la palabra que viene de Dios!
¡Él ha enseñado al ser humano lo que no sabía! (El Corán 96, 1,5)

Reflexionad. ¿Os parece que son iguales los que saben y los que no saben? (39, 9)

¿Son iguales las tinieblas y la luz? (13, 16)

Él es quien ha hecho bajar agua del cielo. De ella bebéis y de ella viven las matas con que apacentáis. Gracias a ella, hace crecer los cereales, los olivos, las palmeras, las vides y toda clase de frutos. Ciertamente, no faltan los signos para los que quieran meditar. (16, 10-11)

Esta es la vía del Señor, vía recta. Hemos expuesto sus signos con detalle a aquellos que se dejan enseñar. (6, 126)

Es una guía de misericordia para gente que se mantiene en la certeza. (45, 20)

Dios os envía un aviso. Un mensajero que recita versículos esclarecedores para sacar de las tinieblas a la luz a quienes confían y se esfuerzan en el obrar. (65, 10-11)

LOS HADICES

Los que habían convivido con él conservaban muchos recuerdos de lo que el Profeta había dicho y hecho a lo largo de su vida. Estos relatos son los *hadices* (las "tradiciones"). El ejemplo de Mahoma, su manera de actuar y de pensar, junto con el Corán, constituyen también una guía para quienes desean seguir el *camino recto*. No son palabras que digan "haz esto o haz aquello"; son pistas para investigar, situaciones para reflexionar en la dirección en la que apuntan. Por ejemplo, hay un *hadiz* que registra estas palabras del Profeta, recogidas por Anas ibn Malik: "aquel que no desea para su hermano lo que desea para sí mismo, no es un musulmán". Veamos algún otro ejemplo:

> *"¿Cómo sé cuál es el buen camino?", preguntó alguien al Profeta. Él respondió: "Pregunta a tu corazón. La paz y los buenos deseos, son señal del buen camino; los desórdenes que enturbian indican que el camino es equivocado".*
>
> *No es un buen camino el de aquellos pensamientos o acciones que no querríamos que nadie viera o supiera.*
>
> *Un día sin cambiar es un día perdido.*

Trabaja por el bien en esta vida como si fueras a vivir siempre..., pero no dejes de mantenerte bien alerta como si sólo dispusieras de un día más antes de morir.

Un sabio que pone su sabiduría al servicio de los otros vale más que cien adoradores de Dios.

El estudio sincero tiene el mismo valor que el ayuno, y la enseñanza es una verdadera plegaria.

¿Cuál es el mayor peligro?¡Un corazón vacío junto a una lengua bien entrenada!

¡Prestad atención! En el cuerpo humano hay un órgano que cuando está sano, permite que toda la persona esté sana, y cuando está podrido, hace que toda ella esté podrida. ¿Sabéis cuál es este órgano? ¡El corazón!

LA SHARI'A Y LOS CINCO PILARES

Las enseñanzas del Corán y los ejemplos de la vida del Profeta (los *hadices*), se convirtieron en orientación para la gente de la *Ummah*, los que confiaban, los musulmanes. Y le dieron un nombre: *shari'a*, que quiere decir 'camino nuevo'. *Shari'a* es una palabra que indica un tipo muy especial de camino, el camino más importante para los habitantes del desierto: es el camino que lleva hacia el agua, a la fuente.

Sultán Valad, un sabio del siglo XIII, decía:

Hay gente que, como los peces, vive feliz siempre dentro del agua. Pero para aquellos que viven en tierra firme o volando por los aires, la shari'a es un camino sencillo que les permite acercarse al agua a menudo y les ayuda a ello.[7]

Algunas de las orientaciones de la *shari'a* son un recordatorio de las enseñanzas de los antiguos profetas. Así, hay prescripciones de la Ley de Moisés que continúan vigentes en la vida de la *Ummah*, como la circuncisión o muchas de las prescripciones alimentarias (abstenerse de comer cerdo, por ejemplo); también la manera de sacrificar los animales: se les degüella de un solo corte muy rápido para provocarles el menor sufrimiento posible, mientras que el que realiza el sacrificio se mantiene en actitud de oración, agradeciendo aquella vida que nos da vida, y pronuncia el nombre de Dios.

Por encima de las costumbres y leyes de cada tribu, quienes pretendieran unirse a Dios compartirían un código que les ayudara a vivir en armonía, trabajando

[7] Sultan Valad, *Maestro y discípulo*, Paris, Sindbad, 1982, pág. 32.

por la justicia y oponiéndose al mal. De todo el conjunto de orientaciones, hay cinco consideradas como principales y que son el eje de la vida comunitaria. Son como las cinco columnas sobre las que se apoya la vida de la *Ummah* y sin las cuales el resto de orientaciones no tendría sentido. Son los llamados **cinco pilares del islam**:

* La afirmación de que Dios es Único y que inspiró a Mahoma. En árabe se dice: *Ashhadu anna la ilaha il-la Al.lah wa anna Mamad rasul Al.lah*. Estas palabras son la profesión de fe musulmana.

La profesión de fe caligrafiada en árabe

* Rezar cinco veces a lo largo del día.
* Dar a los necesitados; ayudar a los demás.
* Ayunar en el mes de Ramadán
* Si es posible, y no existe un especial impedimento, peregrinar a la Meca al menos una vez en la vida.

Cuando se miran con más detalle las pistas y recomendaciones de cada uno de estos cinco puntos vemos que no se trata de "cumplir con cinco obligaciones", sino que son unas estrategias para orientar los pasos en una dirección, y cultivar ese caminar. Veámoslo.

* **El primer pilar**, el del reconocimiento del Dios Único y del valor de las palabras de Mahoma, constituye el punto de partida, como hemos comentado ya.

* **El segundo pilar**: rezar cinco veces, a lo largo del día. Rezar: interrumpir de vez en cuando la actividad, recogiéndose en silencio y atención.

¿Cuántas veces? ¿Veinte? ¿Quince? Tantas tal vez sería demasiado difícil de recordar. Dejémoslo en cinco, bien repartidas a lo largo del día: cuando comienza el día, al mediodía, a primera hora de la tarde, cuando se pone el Sol y antes de ir a dormir... Más fácil todavía si alguien se ocupa de avisar a los demás… El primer

encargado de avisar a todos –el primer almuédano– fue Bilal, el antiguo esclavo Umay-ya. Bilal tenía una voz muy sonora y potente. Subió a la torre más alta y proclamó:

Dios es grande, venid a rezar,
Venid, recordad su grandeza.

Otros elementos acompañan esos cinco momentos de atención interior. Ir limpio es uno de ellos. Lavarse, hacer unas abluciones; se esté donde se esté, pasarse un poco de agua, limpiarse y refrescarse ayuda a disponerse mejor. Otro es la orientación del cuerpo. Si el objetivo de esos paréntesis en la actividad cotidiana es el orientarse hacia lo sutil, hacia esa grandeza difícil de percibir, ¿por qué no girarse en una dirección que facilite la atención y el recuerdo? ¿Qué dirección?: "Hacia la Meca", dijo Mahoma. Allá donde van los peregrinos. Que todos los corazones que buscan a Dios miren unidos en aquella dirección, estén donde estén. El gesto físico acompaña y ayuda al deseo interior.

Mahoma recuerda a todos que las ayudas son eso: ayudas y nada más. Decir unas palabras o plegarias concretas puede ayudar, pero el Profeta insiste:

> *No es necesario decir muchas palabras, ni decirlas en voz alta. Él conoce el secreto y lo más recóndito* (El Corán 20, 7).

De la misma manera, girarse hacia un lugar u otro puede servir, pero:

> *Bondad no es volver el rostro hacia el Oriente o hacia el Occidente, sino que estriba en atender a Dios y a su palabra, en dar de la hacienda, por mucho amor que se le tenga, a los parientes, a los huérfanos, a los necesitados, a los viajeros, a los mendigos y esclavos. Bondad es la generosa limosna, es cumplir con los compromisos contraídos, es ser paciente en el infortunio, en la aflicción y el tiempo de peligro. ¡Esa sí es una fe sincera!* (El Corán 2, 177).

¿Es necesario algún lugar especial? Cualquier lugar es un buen lugar mientras sea posible concentrarse en la intención del momento, sin distracciones. No es difícil convertir cualquier espacio en un lugar "especial" si así se desea. Un simple trozo de tela limpia o una alfombra puede servir para "marcar el territorio". Basta con extenderla, quitarse los zapatos, y "entrar" en el recinto, es decir, situarse sobre la alfombra que nos está ofreciendo un espacio puro y apto...

> *Dios ha dispuesto para vosotros la Tierra entera como alfombra* (El Corán 71, 20).

LA MEZQUITA

"Creé la tierra como una mezquita, como un espacio sagrado y puro", se lee en un *hadiz*.

Cualquier lugar es un buen lugar; la Tierra entera es un espacio sagrado, pero la mezquita es el recinto específico que facilita reunirse para rezar. En concreto, hay un día en el que se procura que la oración sea comunitaria: la primera plegaria de la tarde del viernes.

La mezquita es un espacio diáfano, sin obstáculos ocupando el espacio para facilitar la cabida. Fuera quedan los zapatos polvorientos y en algún lugar, cerca de la entrada, habrá unos grifos para las abluciones. Limpios y descalzos: son gestos exteriores que ayudan a cultivar una determinada actitud interior. Fuera queda todo aquello que no sea la intención que nos ha llevado a reunirnos en el espacio sagrado. En todas las mezquitas encontraremos el *mihrab*: una zona decorada en una pared, la señal que indica cuál es la *qibbla* o dirección de la Meca. El *mihrab* suele ser como una hondonada, una parte más hundida en el muro, como si la pared quisiera ser atravesada y llevar más lejos de ella. Sin olvidar el *minarete*, la torre desde la que el almuédano –o muecín– llama a la oración cinco veces al día.

EL IMAM

La plegaria comunitaria la guía el *imam*. Él dirige la oración colectiva, orienta y desarrolla un papel de pilar de la comunidad. La palabra *imam* quiere decir 'el que se coloca delante'. Para esta función la comunidad elige a alguien familiarizado con el texto sagrado, el Corán, y que sea digno de respeto; una persona en la que se pueda confiar.

* **El tercer pilar** es el de velar por las necesidades de los demás. Hemos visto ya varias referencias a ello en las citas precedentes. ¿Cómo dar? Con sinceridad, sin hacer aspavientos, procurando que se note poco, que no le deban dar las gracias a uno...

> ***Dice el Corán:***
>
> *Una palabra afectuosa, un perdón, vale más que un donativo con menosprecio. No hagáis donaciones para ser vistos ni para que nadie os haya de agradecer nada.*
> *Dad lo mejor que tengáis y lo mejor que os proporcione la tierra. Tratad al necesitado tal y como querríais ser tratados vosotros.*
> *No malogréis vuestras ofrendas buscando elogios, alardeando de ellas o agraviando. Quien así hace es como una roca cubierta de tierra. Cae sobre ella un aguacero y la deja desnuda. En cambio aquellos que ofrecen su hacienda con amor, son como un jardín plantado en una colina; el agua de la lluvia, y si no la del rocío, multiplica sus frutos.* (Corán 2, 263-267)

* **El cuarto pilar** del islam lo constituye el ayuno en el mes de Ramadán. Mahoma sabía que el hecho de poder estar retirado todo un mes, cada año, en la cueva de Hira le había ayudado mucho. Marcar un período en el cual intensificar el esfuerzo interior podía ayudar a todos. ¿Cómo hacerlo?

Durante aquel mes de retiro del Profeta, el noveno mes del año,[8] toda la *Ummah* participaría del esfuerzo de ayunar de sol a sol, desde la salida del sol hasta el ocaso. No comer ni beber durante todas aquellas horas es el rasgo exterior más visible de un mes dedicado, más que ningún otro período del año, a la interiorización.

¡Qué fiesta cuando el sol se oculta! Siguiendo la costumbre de Mahoma, primero se suele romper el ayuno con agua y dátiles, sigue después la cena con la familia, entre los amigos. La *harira* es un plato muy tradicional frecuente en las cenas de Ramadán; es una sopa de garbanzos y hierbas aromáticas. Aquellos días, las puertas de todas las casas están abiertas para compartir la comida con los demás. Hay que recuperar fuerzas para el día siguiente: el ayuno no se vive como un castigo o una carga, es más bien un reto, un entrenamiento de la capacidad de autocontrol y polarización. Por eso se vive de forma festiva.

Todo el año es buen momento para abrir las manos y dar a los necesitados, pero el mes de Ramadán todavía lo es más. El día siguiente del final del mes de Ramadán es un día de gran celebración. Es *Eid al-Fitr*, que quiere decir 'interrupción del ayuno'. A la puesta de sol lo primero es reunirse en algún espacio amplio en acción de gracias. Seguirán tres días de fiesta; días de visitas a los familiares, de comer en casa de unos y de otros, de estrenar ropa nueva, de intercambiar regalos y de desear paz y felicidad a todos. También se acostumbra a enviar tarjetas de felicitación a familiares y amigos.

[8] Véase el apartado del Calendario festivo en la página 20

* Y finalmente, **el quinto pilar**: el peregrinaje a la Meca. ¿Por qué tiene tanta importancia este viaje, tanta como para considerarlo uno de los elementos fundamentales? ¿Por qué todos los peregrinos, hombres y mujeres, van vestidos de blanco, todos igual? ¿Qué sentido tiene ese encuentro y esas vueltas alrededor de la construcción cuadrada cubierta de negro, que es la *Kaaba*?

LA KAABA

La *Kaaba* es una sencilla edificación cúbica, de 15 metros de altura, con una roca basáltica (negra) incrustada en su ángulo oriental. Recordemos lo que ya hemos visto: según una antigua tradición, Adán edificó un primer santuario que el diluvio universal se llevó por delante y que Abraham y su hijo Ismael levantaron de nuevo. La construcción era considerada un espacio sagrado, y llegó a albergar hasta 360 dioses, las divinidades protectoras de cada una de las tribus de la región. A partir de la predicación de Mahoma su fuerza simbólica recibió una nueva orientación: la *Kaaba,* vacía de dioses y de cualquier otro objeto, se convierte en símbolo de la presencia del Único, y la visita al santuario, en la expresión de este reconocimiento y de la unión solidaria de sus hijos e hijas. El cortinaje negro que recubre la edificación lleva bordados en oro versículos del Corán.

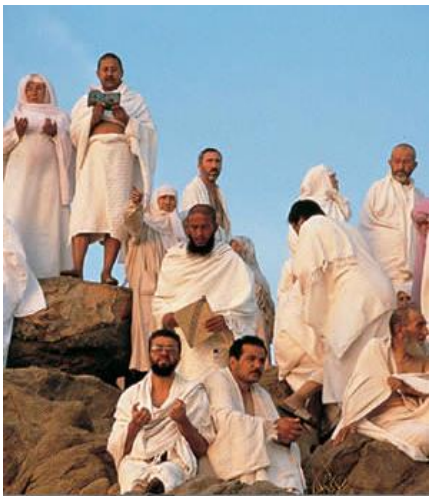
Al menos una vez en la vida, si nada lo impide, hombres y mujeres toman parte en ese gran peregrinaje colectivo que se lleva a cabo cada año, en el doceavo mes. El día 9 tiene lugar la gran reunión en torno a la *Kaaba*, a partir de la cual los peregrinos realizan una serie de actos rituales en recuerdo de acontecimientos de los tiempos antiguos, en recuerdo del patriarca de todas las tribus, Abraham, y de sus hijos Isaac e Ismael. Caminar varias veces alrededor del santuario, visitar algunos lugares cercanos, como la explanada de Arafat, unos kilómetros más allá de la Meca, o acercarse a las colinas de Safa y de Marwa; sacrificar el cordero en Mina, volver a la Meca... todo ello son un conjunto de gestos, que rememoran pasajes concretos de la vida del patriarca, subrayando su calidad de modelo a seguir. La actitud de total entrega de Abraham,

dispuesto incluso a inmolar a su hijo, es la que guiará la vida del creyente. El relato bíblico puede leerse en el libro del *Génesis*, capítulo 22, un pasaje que aúna los dos valores centrales de la fe musulmana: la disponibilidad de Abraham y la clemencia del Misericordioso.

El dia 10 se celebra la fiesta del sacrificio (*Eid al-Adha*). Ese día no sólo los peregrinos en Mina, sino toda la *Ummah* en el mundo entero conmemora el sacrificio de Abraham, con el sacrificio de un cordero y la comida compartida.

¿Por qué los peregrinos visten de blanco? A su llegada a la Meca, cambian sus vestidos por una simple tela blanca, sin costuras: una especie de sábana cubriendo el cuerpo, sin joyas, ni adornos, ni distintivo alguno. Atrás quedan todas las diferencias. No importa de dónde viene uno, si se es rico o pobre, si de esta tribu o de aquella, de tal país o de otro… cubiertos con esa tela blanca, ningún signo externo distingue a los hermanos y hermanas allá reunidos. Nadie es más o menos importante para "Aquel que ve". La peregrinación pone de relieve lo que une a la gran familia humana y el peregrino realiza esa experiencia de unidad e igualdad.

EL TESTIMONIO DE UN PEREGRINO



El hayy *(la peregrinación) es más que un simple peregrinar a las ciudades de la Meca y Medina. En verdad, el* hayy *constituye un auténtico viaje al límite. Al límite de todo: de nuestro yo, tan pequeño y tan tozudo; al límite de nuestras fuerzas físicas y de nuestras necesidades; al límite de nuestra razón impertinente y de nuestra paciencia; al límite de nuestros miedos y de nuestro deseo espiritual. El* hayy *es un reto que nos pone a prueba (...); no sólo consiste en un desplazamiento geográfico, de un lugar a otro. El* hayy *es un viaje que parte de –y desemboca en– el santuario sagrado de nuestro corazón, esa* Kaaba *del corazón humano de la que hablaba el sufí persa Maulaná Rumí (...). Pero no quiero olvidar que el* hayy *es al mismo tiempo una experiencia de solidaridad humana indescriptible. (...) Son también los cuscús compartidos en la sencilla habitación del hotel con personas venidas de no importa dónde, y las sabias palabras de ánimo de algún veterano* hayyí*, y las largas conversaciones -¡y no digamos los silencios!- a cualquier hora del día o de la noche (...), y la compra de regalos que luego se ofrecerán con toda la ilusión del mundo. Y, cómo no, la luna, la luna de la Meca que parecía, cómo os diría yo..., una lágrima pateada clavada en la oscuridad. Y también, por supuesto, el abrazo cargado de amor, el abrazo de los míos a la llegada al aeropuerto de Barcelona.*

Halil Bárcena, *El peregrinaje a la Meca*. (Fragmento. En: *Dialogal* nº2, p.7)

LA YIHAD, EL ESFUERZO

Vivir en el camino de la búsqueda de la verdad, en apertura al Único y al servicio de la *Ummah* no es fácil. Requiere esfuerzo, dedicación. Eso es lo que significa la palabra *yihad*, traducida a veces, erróneamente, por "guerra". *Yihad* significa esfuerzo, un esfuerzo intenso.

El esfuerzo más grande, la "gran *yihad*", es el que cada uno ha de realizar consigo mismo: el control de las actitudes marcadas por la egocentración, el estudio, la superación de los obstáculos interiores... Ésta es la *yihad* de cada día. En el caso de que se presenten obstáculos exteriores, como ataques al territorio o a la vida de la comunidad o situaciones de injusticia, entonces será necesario el esfuerzo de oponerse a ellos, de defender al débil, defender el bien, el orden justo... La "pequeña *yihad*" es hacer frente a los obstáculos exteriores.

¡Oh, los que creéis! ¡Sed fieles a Dios y buscad el medio de acercaros a Él! ¡Esforzaos por su causa! ¡Luchad! (El Corán 5, 35).

Recuerda a tu Señor mañana y tarde, sin ostentación. Esfuérzate, no seas negligente (El Corán 7, 205).

Entre nuestras criaturas hay una comunidad que se guía por la verdad y que, gracias a ella, practica la justicia. (El Corán 7, 181).

De *yihad* se deriva la palabra *muhayid* (en plural *muhayidín*), que quiere decir 'el que se esfuerza en el camino'; una palabra que ha pasado a nuestro vocabulario como sinónimo de "guerrero" o de "terrorista". No en vano algunos movimientos políticos (como Al Qaeda, por ejemplo) apelan al concepto de *yihad* para justificar su lucha violenta, sin respeto alguno hacia las vidas inocentes. Una lectura a la que responden numerosos pensadores musulmanes insistiendo en que de ningún modo puede el terrorismo fundamentarse en el Corán.

Cualquier tradición cultural y religiosa, cualquier movimiento político y social tiene motivos hoy para reflexionar sobre cuáles son los medios válidos para promocionar aquello que se valora como bueno y como justo y cuáles no lo son. "Violencia justificada" y "violencia injustificada" serán términos que también merecen detenerse en ellos. La violencia misma, la visible y la menos aparente... ¿Qué es violencia? y ¿hay alguna violencia que tenga sentido? No son cuestiones fáciles de liquidar con respuestas rápidas.

Recordemos, a pesar de todo, que el significado de *yihad* no es "guerra", sino "esfuerzo".

DESPUÉS DEL PROFETA MAHOMA

En el año 632 moría el profeta Mahoma. Dejaba una comunidad que compartía una fe y unas formas de vida basadas en la convivencia en armonía bajo los designios de el Único, el Clemente, el Creador, así como las infinitas estrellas del cielo siguen su curso en armonía. Cada persona, libre y responsable. Todos iguales, sin necesidad de intermediarios para prestar atención a sus designios. "Ni el Cielo ni la Tierra pueden contenerme. Me contiene el corazón del servidor fiel", leemos en el Corán.

De acuerdo, cada persona es responsable de sí misma, pero... en vida del Profeta él guiaba, aconsejaba, unía, aclaraba... ¿Quién asumiría ese papel después de él? ¿Quién ocuparía su lugar?

Se reunieron en asamblea. La elección recayó sobre Abû Bakr, el antiguo compañero que siempre había estado a su lado. Abû Bakr fue el primer califa, el seguidor (o continuador: *khalifah*, de *khlf*, 'seguir'). Pero no todo el mundo estaba de acuerdo. Había quien pensaba que el guía debía ser Alí, primo, yerno y compañero de Mahoma.

> *Para aquel que yo sea su dirigente, Alí es su dirigente. Oh, Dios, sé amigo de quien le tenga por amigo, y enemigo de quien le tenga por enemigo* –dice un *hadiz* del profeta.

Aun así, Abû Bakr era una figura respetada por todos y se aceptó su elección. Durante los dos años de su mandato, extendió la comunidad musulmana por toda la península arábiga. Le sucedió Omar (634-644), que expandió la comunidad por Siria, Egipto y Mesopotamia, y a continuación Otman (644-656), de la familia Omeya... El partido de los que apostaban por Alí ya estaban cansados de esperar. Otman fue asesinado; le sucedió Alí, quien también murió asesinado. La violencia continuó. No se trataba sólo de una rivalidad por motivos de preferencias personales; en la base había diferencias relacionadas con la forma de entender el mensaje del Profeta y con la orientación que debía tomar la vida de la comunidad. ¡Qué difícil sería mantener la unidad a medida que ésta crecía y crecía!

Finalmente se consolidó la escisión: por un lado los *chiítas* (de *xia*, "partido"), los partidarios de Alí; por otro, los sunitas (de *sunna*, la "tradición"). La *Ummah* quedaba dividida en dos grandes familias que han ido evolucionando hasta hoy de forma paralela, cada una con sus peculiaridades, sus riquezas y sus momentos oscuros. Dentro de cada una de estas dos grandes ramas se han desarrollado diversas corrientes de pensamiento y de formas de interpretar el mensaje, en las condiciones concretas de cada tiempo y cada lugar.

Durante unos siglos la expansión fue constante; el impulso a las ciencias, las técnicas y las artes, impresionante. La comunidad musulmana recogió el legado de la antigua Grecia, estuvo atenta a la sabiduría de la India (de donde procede la numeración decimal con las cifras que en Occidente llamamos arábigas y que los países de cultura árabe llaman hindúes); de China se supo aprovechar, mejorar y aplicar descubrimientos como el papel, la brújula o la pólvora. La astronomía, la medicina, la arquitectura, los conocimientos geográficos... vivieron un gran desarrollo. Sin olvidar las creaciones literarias y artísticas de todo tipo... en resumen, la comunidad musulmana vivió un largo período de esplendor que dejó memorables frutos. Después, la presencia musulmana en los cinco continentes, en mundos culturales bien dispares, fue evolucionando –hasta hoy- de diferentes formas, pasando por circunstancias de todo tipo.

Lejos quedan los tiempos del Profeta y sus condiciones concretas de vida. ¿Cómo vivir hoy fieles al espíritu de su maestría? "El objetivo principal del Corán –escribía, hace ya más de un siglo, el pensador pakistaní Muhammad Iqbal- es despertar

en el ser humano una conciencia más alta de sus múltiples relaciones con Dios y el Universo". ¿Cómo vivir plenamente ese objetivo en el seno de las sociedades del siglo XXI para que continúe siendo fuente de unión, armonía, justicia, amor y sabiduría?

EL CORÁN DICE DE LA UMMAH

Mantened el pacto de Dios, juntos, sin divisiones. Cuando erais enemigos, reconcilió vuestros corazones y por Su gracia os transformasteis en hermanos. ¡Que así constituyáis una comunidad que llame al bien, que muestre lo que está bien y lo que no! (El Corán 3, 103-104)

¿Qué forma han de adoptar, hoy, en la vida de la *Ummah*, las orientaciones recibidas en aquellos tiempos? Países con historia, costumbres y formas de organizarse tan diferentes..., ¿cómo ser fieles al espíritu y al mensaje del Profeta? –se preguntan algunos creyentes–.

En primer lugar, se impone comprender qué aportaban aquellas palabras a la manera de vivir de las personas que las escuchaban de viva voz. Pensar cómo vivir aquella aportación en nuestros días será el segundo paso. Roger Alili nos recuerda que para interpretar el espíritu que regía la vida de la *Ummah*, hay que situarlo en su perspectiva histórica, cuando la relación entre las personas no se pensaba como una relación entre seres humanos con igualdad de derechos y deberes.

En tiempos del profeta Mahoma la esclavitud estaba muy extendida; las relaciones entre hombres y mujeres no eran relaciones de igualdad. Las mujeres eran consideradas objetos de intercambio; igual que podían ser utilizadas para estrechar lazos familiares por medio de un matrimonio, podían serlo para castigar a una tribu atacando a sus mujeres, etcétera. Las mujeres no eran seres humanos con unos derechos. Como en otros puntos del planeta, muchas niñas eran enterradas vivas en el momento de nacer. Alili pone de relieve que el espíritu que guiaba a Mahoma habría que valorarlo desde la perspectiva de la protección al débil: prohibió los infanticidios y trató a las mujeres como seres humanos; hombres y mujeres, ambos, con personalidad espiritual, con derecho al desarrollo interior. Ellas, como los pobres, los huérfanos y los esclavos quedaron incluidas en aquella parte de la humanidad que necesitaba protección. ¿Cómo trasladar ese espíritu al mundo de hoy? Alili sugiere que nos llevaría, entre otras cosas, a pensar las relaciones entre hombres y mujeres en términos de verdadera igualdad, de respeto y colaboración, aplicando el ideal de protección a los necesitados a los "nuevos débiles" del siglo XXI: los ancianos, los minusválidos, los desplazados, las víctimas de la violencia... con independencia de su sexo.[9]

[9] Roger Alili, *L'Islam à l'usage de ma fille*, Seuil, 2000.

Mil cuatrocientos años después, el Corán y la vida de Mahoma, todo aquello que recogieron sus contemporáneos continua siendo fuente de inspiración para millones de personas en todo el mundo; una fidelidad al mensaje y al espíritu del profeta que, hoy como siempre, reclama esfuerzo y discernimiento.

Rumí, maestro sabio y santo del siglo XIII, hacía esta comparación entre el legado recibido y al agua del río Tarut:

> *Un agua muy pura y limpia en sus orígenes, pero a medida que avanza y atraviesa cercados y pueblos; a medida que los habitantes se lavan en ella las manos y los pies, el vestido y los tapices; a medida que recoge más y más desperdicios, es necesario un gran discernimiento para distinguir el agua pura de la sucia y todas las impurezas que arrastra, siendo el agua la misma que riega la tierra, calma a los sedientos y reverdece los llanos* (Fihi-ma-Fihi, 37).

Solidaridad por encima de todo. Igualdad entre los seres humanos, ayuda mutua...; unidos como una sola tribu, como una sola familia con el corazón abierto al misterio del mundo, siguiendo la vía del Clemente, el Misericordioso, el Señor de la Vida...: una búsqueda que no se detiene.

EL CALENDARIO FESTIVO

¿Por qué no hemos dicho a qué día del calendario anual corresponde *Eid al-Adha* o *Eid al-Fitr*? Porque no es posible. Si el año musulmán tuviera el mismo número de días que el calendario romano, el calendario que se adoptó en el mundo cristiano (basado en el movimiento solar), sólo tendríamos que traducir los nombres de los meses; pero no es así. El calendario musulmán tiene en cuenta las fases de la luna; el año lunar es pues un año de doce meses alternos de 30 y 29 días, que en total suman 354 o 355 días.[10] En relación con el calendario solar de 365 días y con el ritmo de las estaciones, las fiestas islámicas se adelantan cada año once días. Si un año, el día 10 del último mes del año musulmán (el día de la celebración de *Eid al-Adha*) cae en el día 12 del mes de febrero, al año siguiente coincidirá con el día 1 de febrero, al otro con el 20 de enero... Lo mismo se aplica a cualquier otra fiesta o también al mes número nueve del año, el mes de Ramadán. Dicho esto, si repasamos las principales fiestas, tenemos:

- El primer día del año, el día 1 de *Muharram*, día de la emigración de Mahoma y los suyos –la *hégira*- de la Meca hacia Medina.
- *Muled al-Nabi*, la celebración del nacimiento del Profeta, en el tercer mes del año.
- El ayuno durante el mes de *Ramadán*, el noveno mes.

[10] Para las culturas fundamentalmente agrícolas lo más importante a la hora de medir el tiempo era tener en cuenta las diferencias solares, con el ritmo de las estaciones, que es lo que determina las tareas agrícolas. Para las culturas nómadas ganaderas las fases de la luna son las que pautan el tiempo.

- La celebración del final del ayuno, *Eid al-Fitr*, en el día primero del mes diez (el mes *Shawwal*).
- Y en el día 10 del mes doce, la fiesta del sacrificio, *Eid al-Adha*, final de las celebraciones de la peregrinación.

ORACIÓN DEL PROFETA MAHOMA, RECOGIDA POR AL-GHAZALI

Ibn al-Abbas dijo: "Al-Abbas me envió donde se encontraba el Enviado. Llegué al anochecer. De noche, el Enviado se levantó para rezar, y después de las dos inclinaciones de la plegaria de la aurora, pronunció esta oración:

Dios mío, me dirijo a tu misericordia. Por ella, guía mi corazón, unifica en mí todo aquello que se encuentra disperso, ordena lo que permanece desordenado. Por tu misericordia, destruye mis rebeldías, rectifica mi fe, preserva lo que se encuentra escondido, ilumina lo que deba salir a la luz. Por tu misericordia, purifica mi trabajo, ilumíname, inspira mi actuación, avísame del mal.

Oh, Dios mío, dame una fe verdadera que nunca desfallezca. Dios mío, que avancemos por el buen camino, que no nos extraviemos, ni seamos causa de extravío para nadie.

Oh, Dios mío, ilumina mi corazón, pon luz en mi boca, luz en mi oído, luz en mi vista, luz en mis cabellos, luz en mi piel, luz en mi carne, luz en mi sangre, luz en mis huesos, luz en mis manos, luz delante de mí, luz detrás de mí, luz por debajo de mí, luz a mi derecha, luz a mi izquierda.

Oh, Dios mío, aumenta mi luz, dame luz, conviérteme en luz. ¡Oh, luz de luz, por tu misericordia! ¡Oh, Misericordioso!